Algunos relatos: "El retrato del viejo"

Samuel Linares

Image not found.

Capítulo 1

El retrato del viejo.

“no me doctoré en psiquiatría para estar escuchando todos los malditos días de mi vida los problemas de personas que no me importan.”

era una reflexión que se me venía muchas veces a la cabeza, especialmente mientras trataba a mis pacientes. había veces que sencillamente desconectaba. me sumía en mis *sueños*. yo llamaba así a los laberínticos pasillos de mi cabeza. las personas de las que dependía mi sustento estaban sentadas en el diván hablando sobre sus infidelidades o sobre sus mujeres infieles, sobre su necesidad de ver un cuadro de su vecina para mantenerse en pie día a día, sobre todos los pájaros que le volaban a uno por la cabeza y que a otro le molestaban porque canturreaban demasiado, sobre las pesadillas recurrentes de algunos, sobre los rostros en el espejo que le observaban, sobre su locura, a fin de cuentas. claro que en el oficio no se nos estaba permitido llamarla así. a mí me daba igual.

les recetaba alguna pastilla y los mandaba a casa. me habían denunciado por negligencia médica alguna vez. yo siempre alegaba que no era médico, que sólo era un idiota con acceso a un librillo de recetas. lo más curioso es que retiraron la denuncia. ese día fumé un cigarrillo. me había prometido dejarlo. todos tenemos nuestras locuras.

los locos escuchaban por ahí que me habían tratado de denunciarme y no venían a verme. los drogadictos oían por ahí que daba rienda suelta a las pastillas psicotrópicas y les faltaban tiempo y piernas para venir cargando pesadamente con sus almas a golpear mi puerta. yo no los distinguía ni de los locos ni entre ellos. los olvidaba antes de que cerraran la puerta. me había ganado una razonable mala reputación entre mis colegas. ellos también intentaban denunciarme. ¿Quién estaba más loco?

me faltaba dinero. el éter se lo llevaba todo. hizo falta sólo una noche de espesa soledad para que me enganchara a ese trapo blanco que mantenía limpia mi cordura. tenía un acceso prácticamente ilimitado en el hospital. era una buena manera de terminar con una vida, en la absoluta desdicha. el éter también se llevó mi carrera. más de quince años al servicio de aquél ruin trabajo se terminaron con una firma del director general. empecé a ver pacientes de manera clandestina en mi casa. me pagaban más y era más cómodo. el único problema era el éter, pero enseguida, gracias a mis pacientes con drogadicción, le encontré un magnífico sustituto: la cocaína. el efecto era inverso, pero me sentía mejor. incluso empecé a escuchar a algunos pacientes. decían cosas horribles. verdaderas locuras. recordé entonces de qué se trataba mi trabajo.

una vez, y sólo una vez, traté a aquél viejo roñoso. vino por su cuenta y se fue con una hermosa mujer que pudiera haber sido su nieta. tal vez lo fuera. yo me estaba colocando cuando abrió la puerta sin siquiera llamar. dijo que había oído hablar de mí y que necesitaba hablar con un profesional. le dije que aquél no era su lugar, que debía acudir a un verdadero especialista y no a un farsante como yo. fue uno de los momentos de mi vida en los que más lucidez he tenido. me limpié la nariz y le miré a los ojos; tenían un brillo vítreo, eran dos vasos rotos de los que su vista se empeñaba en beber. y luego estaban las ojeras, unas profundísimas ojeras que bajaban como en una depresión hasta la punta de la nariz. tenía venas reventadas al rededor de la pupila, algunas de color rojo intenso y otras de tonalidades naranjas o azules. daba verdadero pavor observarle. era igual que contemplar el asesinato del sueño, de la pesadilla; de todo lo que tuviera que ver con el descanso y con la serenidad. era como si todos aquellos fragmentos en los que se rompía su mirada se hubieran usado para apuñalar salvajemente cada una de sus noches.

hechizado por aquellas ojeras, le invité a pasar. hasta ese momento se había mantenido cordialmente en la puerta del piso, sin mencionar nada sobre el lamentable estado de éste. sin mencionar nada sobre la droga. sin mencionar nada sobre mí. a menudo, cuando se marchó, pensé en si realmente me había visto, y no estaba soñando. en si veía algo. pensé muy a fondo en si yo era tan sólo uno de los desvaríos de su sueño. caminó lentamente hacia el supuesto despacho y se sentó en el diván. no se tumbó, se *sentó*. le dije que podía tumbarse. él me miró, sin

responderme. dejó una bolsa de cuero en el suelo. carraspeé un poco y me fijé entonces en todas sus arrugas, componiendo un río oscuro de vejez. tenía un aspecto triste y viejo y, sin embargo, jovial y divertido. como una fotografía de una vida pasada.

-Llevo más de treinta años sin dormir.

su voz sonó de algún lugar de la habitación que yo no había advertido antes. sonó de todos lados, del techo, de los muebles, de mí mismo incluso. recaí en todo mientras pronunciaba esas pocas palabras, y tardé unos segundos en prestarles verdadera atención. me sentía aturdido y mareado, golpeado y machacado.

-Perdone, ¿Cómo dice?

repitió todas y cada una de las palabras y causaron el mismo efecto que la primera vez; rimbombante, ajeno a todo lo vivo y a todo lo muerto, independiente de cualquier cosa que no fuera la melodía de esa voz ronca y grave. tuve un sueño tremendo que me agarrotó todas las extremidades y no pude evitar bostezar.

-Yo era escritor. – comenzó a decir. – En mi juventud escribí vorazmente sobre cualquier cosa que se me presentara. Dejaba mis trabajos para tener tiempo para escribir. Relatos, novelas, poesía, guiones cinematográficos... ¡Cualquier cosa! Y durante más de cuarenta años no dejé la pluma en ningún momento. Cierto es que no me publicaban. Nadie jamás me publicó, y no porque no lo intentara. Tenía compañeros de profesión que escribían mucho mejor que yo y tampoco les publicaban. Sin embargo, las editoriales se rifaban a otros tantos junta palabras idiotas que escribían novelas genéricas. Ese sentimiento de angustia fue mi inspiración para escribir muchos de mis relatos que incluso los demás escritores comenzaron a olvidar. Pero yo seguí fuerte, se lo aseguro, doctor, seguí fuerte.

hizo una pequeña pausa. se quitó las gafas y se las limpió en la camisa.

-Me casé y formé una familia, pese a todo. Luego mis hijos trajeron nietos y mis nietos hijos. Era maravilloso. Sólo habría habido una cosa mejor, que lo hubiera logrado escribiendo. Mi mujer, que en paz descanse, y mis hijos sabían lo mucho que me dedicaba. Llegaba de trabajar por la noche y toda la noche la pasaba escribiendo. Pasaba muchas noches en vela, pero mis esfuerzos parecían siempre en vano. Teníamos una habitación sólo para mis trabajos y las cartas de rechazo, sabe. Mi mujer comenzó a perder la fe en mí a los dos o tres años de casarnos. Mi hija antes de aprender a andar. El fracaso es algo que me ha acompañado siempre y que mucho me temo que por siempre me va a acompañar.

-¿Lleva más de treinta años sin dormir? – pregunté, algo confuso.

él me miró más con sus ojeras que con sus ojos, sin expresión alguna, aunque pude percibir un atisbo de condescendencia en su mirada. de cansancio, más bien. igual que si me hubiera contado aquella historia un millar de veces. a mí, sólo a mí. se habría abstenido de contar esa extraña y sin aparente lógica historia sólo para contármela un millar de veces. sus ojos me hacían pensar rápido e incoherentemente. me hacían ramificar mi improductivo pensamiento y alargarlo de manera innecesaria y retorcida. podía ver cualquier cosa dentro de sus glóbulos. deseaba que dejasen de mirarme, que abandonaran ese ahínco que habían puesto en mí. estuvo casi un minuto aguantando sus ocelos sobre los míos igual que en un pulso. un eterno minuto.

-Sí. – respondió con sequedad.

-Lo lamento. – me disculpé, casi en voz baja. – Continúe con su relato.

saqué el bloc de notas amarillo por primera vez en años. no tenía si quiera bolígrafo.

-Como le iba diciendo, conocí muy bien el fracaso personal. Yo rondaba ya la mediana edad cuando mi mujer falleció. Nadie dijo nunca nada al respecto, pero murió por mi culpa. Yo sé que fue mi culpa. Nunca debí haber escrito aquello.

-¿Qué escribió?

sacudió sutilmente la cabeza y volvió a clavar sus ojos en mí, como si le hubiera sacado de sus pensamientos más profundos. como si hubiera olvidado que me estaba contando la historia.

-La escribí a ella. Sabe, es curioso como el amanecer forma el momentáneo nexo entre la noche y el día. ¿Ha visto alguna vez el amanecer? – no me dio tiempo a responder. – Yo solía verlo diariamente. No había mañana en la que me fuera a trabajar sin haber visto antes el amanecer. Era tan fugaz, tan...

-¿Momentáneo? – pregunté.

-Sí. Momentáneo. Instantáneo, diría yo. – su voz pareció iluminarse. parecía que había respondido una pregunta que llevaba años pasándose por su cabeza. – En un instante, en un mísero instante, mi mujer cayó rendida al suelo. Rendida a la muerte y vencida no por la vida, sino por mí. Puede que esto le resulte algo confuso y abstracto. Intento expresarme de la mejor manera que puede un viejo escritor que poco ha escrito. Lo que había detallado en tan sólo tres o cuatro páginas escritas a máquina fue su rostro, tal como lo veía yo. ¿Quiere saber cómo lo veía? Lo veía amargo, insulso, cansado. No lo veía como un rostro, sino como un símbolo de lo perdido. Completa, completamente perdido. Y cada mañana yo me levantaba para ver el amanecer y sus ojos se posaban sobre mí sin ver nada. Dormía demasiado y soñaba demasiado. ¡Yo sólo he tenido un sueño en toda mi vida, y fue el que me hizo dejar de soñar!

-¿Qué soñó?

-Soñé con su muerte.

sacó un paquete de tabaco de la boca de cuero y se puso un cigarrillo en la boca. me hizo un gesto con la cabeza para preguntarme si podía fumar y yo asentí. tosió con la primera calada y casi se asfixió con la segunda. hizo ademán de escupir, pero se tragó el asqueroso gajo y enjugó con saliva la boca para seguir con su relato.

-No era una muerte demasiado violenta ni dolorosa. Sencillamente dormía. Como le he dicho, fue mi primer y último sueño. No lo hubiera cambiado por nada. Ella estaba en la cama. Yo me iba a levantar para ver salir el sol, como de costumbre. Pero ella no abría los ojos. Estaba boca abajo. Primero le toqué el hombro suavemente. Luego la destapé. Finalmente, le di la vuelta y al apartar el pelo de su cara vi esos ojos, tan profundos, tan abiertos, grises como la llovizna; sin sueño y sin vida... Lo peor de la muerte es que es para toda la vida. – rió amargamente. – Mi hija todavía no sabía andar cuando desperté de aquél sueño y vi que la luz del cuarto de baño estaba enchufada. La niña lloraba. Me levanté de golpe y abrí la puerta por la que se colaban hilos de luz amarilla. Estaba tirada en el suelo de baldosas blancas, al lado de la moqueta. Habían unas cuantas hojas escritas a máquina en su boca. Metidas a presión. Estaban incluso manchadas de sangre. Observé la escena horrorizado. Casi muero yo también al darme cuenta de que era el retrato que le escribí lo que había utilizado para suicidarse. Había muerto asfixiada con su propio rostro, con su propia piel. La policía nunca lo entendió. Nadie sabía que yo era escritor. Me hice el sueco. Mi hija siguió llorando durante mucho tiempo. Luego se casó. Creo que ella también escribió algo. Tuvo una hija, hermosa. Jamás la conocí.

dio unas cuantas caladas al cigarrillo y lo apagó en la mesa en la que yo estaba sentado. lo cierto es que no me importó. luego sacó un puñado de folios unidos por un clip de la bolsa de cuero y los puso en la mesa. los observé con algo de temor. estaban escritos a máquina. el primer folio, a modo de portada, decía simplemente: “Un retrato”. ni siquiera ponía el nombre del autor.

una mujer, guapísima y joven, entró de golpe en el despacho. yo me sobresalté pero al viejo de las ojeras pareció no importarle. la mujer se le quedó mirando con gesto enfadado.

-Te he dicho un millar de veces que no me des estos sustos. – le dijo.

ni siquiera recayó en mí. el viejo no me miró al irse. sólo cogió la mochila y se dejó arrastrar por aquella belleza. cuando escuché el portazo miré las páginas que tenía ante mis ojos. jamás lo leí. y lo cierto es que, pese a que dormía, jamás volví a soñar nada.